

Atentos a la Voz de la Gracia
Una carta pastoral del
Reverendísimo John O. Barres
en el 200 aniversario
de la Muerte de Santa Elizabeth Ann Seton

Una semana antes del Primer Congreso Continental, el 28 de agosto de 1774, nació Santa Elizabeth Ann Seton en Nueva York. El momento de su nacimiento presagiaría el papel fundamental que desempeñaría tanto en la historia estadounidense como en la historia de la Iglesia Católica en los Estados Unidos. Como la primera santa nacida en Estados Unidos, su historia ilustra las realidades espirituales de aquellos días nacientes de nuestra nación y la rama floreciente de la Iglesia en Estados Unidos. Esposa y madre, joven viuda y convertida, maestra y pionera, fundadora de una congregación religiosa y encarnación del servicio cristiano a los necesitados, Santa Elizabeth Ann Seton ofrece una hermosa imagen de fe bajo prueba y perseverancia al llevar la voluntad de Dios. Mientras celebramos el 200 aniversario de su nacimiento a la vida eterna el 4 de enero, en este momento en que nuestra nación y nuestra fe enfrentan grandes desafíos, hacemos bien en hacer una pausa y estudiar su vida. Especialmente en la Diócesis de Rockville Centre, mientras re-imaginamos nuestra misión de educación católica con la *Morning Star Initiative* (Iniciativa Estrella de la Mañana), buscamos a la patrona de las escuelas católicas en busca de guía e inspiración.

Reflexionando sobre sus antecedentes y su crianza inicial, encontramos que Santa Elizabeth es una santa muy poco probable.¹ Se crió en una exitosa familia de comerciantes protestantes en la ciudad de Nueva York y se casó con William Seton, un exitoso hombre de negocios protestante, en 1794. Tuvo pocas ocasiones o razones para encontrarse con la Iglesia Católica. Con generaciones de desconfianza en medio de ellos, los protestantes y católicos se mezclaron poco, especialmente los protestantes de la clase alta. Además, en una nación mayoritariamente protestante, los católicos en ese momento eran frecuentemente discriminados y por lo tanto, a menudo eran muy circunspectos a la hora de evangelizar, esperando probar su lealtad a la nación contra la acusación de ser leales sólo al Papa. Por lo tanto, la historia de Santa Elizabeth comenzó como una historia inmersa, no en la cultura y tradición católica, sino más bien en un ambiente de renovación espiritual protestante. Creciendo en la feminidad en el amanecer del Segundo Gran Despertar, se vio arrastrada a la transición de una fe seca y racionalista, representada por su padre, médico científico, a una fe cálida y personal, que debía en buena medida al predicador episcopal local. Aunque siempre devota, fue al inicio de su vida matrimonial cuando Elizabeth se volvió apasionadamente viva en su fe, la cual volcó en el servicio. Se involucró en una de las primeras instituciones de caridad dirigida por mujeres en la nación, la Sociedad para la Ayuda de Viudas Pobres con Niños, y en su vida personal fue igualmente generosa, al adoptar a los seis pequeños hermanos medios de su esposo al fallecer su padre, al tiempo que tenía cinco hijos propios.

Aunque cuidar a once niños era un desafío en sí mismo, sus responsabilidades se agravaron cuando la tuberculosis de su marido empeoró en 1803 y su médico le recomendó un viaje a Italia para disfrutar del aire fresco del Mediterráneo. Al llegar a Italia, Elizabeth y su

esposos tuvieron una experiencia con la que quizás estemos muy familiarizados: ella y su esposo enfermo tuvieron que ponerse en cuarentena durante cuarenta días para asegurarse de que no habían traído la fiebre amarilla con ellos desde Nueva York a Italia. Después de cuidar a su esposo en aislamiento, finalmente sucumbió a la tuberculosis y Elizabeth quedó viuda, lejos de casa, en un momento en que la única opción para las madres viudas era depender de los demás.

Afortunadamente, la familia italiana con la que se estaba quedando era una familia católica fiel más que dispuesta a apoyar y consolar a Elizabeth en su dolor. Durante los meses que pasó con ellos en Pisa y Florencia, su vida espiritual se transformó una vez más, esta vez por un encuentro con el esplendor de su fe católica en esa tierra extranjera. Ella describe con profunda reverencia sus primeras experiencias de la abrumadora belleza de las iglesias italianas y de la Santa Misa:

No sé cómo expresar el tremendo efecto de estar donde me dijeron que *Dios* estaba presente en el santísimo sacramento, y el hombre alto, pálido y de apacible apariencia celestial hizo, no sé qué. Estando al lado del altar no podía mirar hacia arriba sin ver su rostro en el que se reflejaban muchas luces del altar y daban tan extrañas impresiones a mi alma que no podía sino taparme el rostro con las manos y dejar correr las lágrimas.²

A medida que su fe se volvió más real y más personal, el anhelo de Elizabeth por la intimidad con Dios encontró su cumplimiento en la Presencia Real de nuestro Señor en el Tabernáculo. Ella describió una experiencia que tuvo cuando todavía era episcopal: “Me metí en un banco lateral que volteó mi rostro hacia la iglesia católica en la siguiente calle, y veinte veces me encontré hablando con el santísimo sacramento allí, en lugar de mirar el altar desnudo”. Además, habiendo perdido a su propia madre a una edad muy temprana, encontró un gran consuelo en nuestra Santísima Madre, de quien escribió: “Desde el primer recuerdo de la infancia he mirado... a las nubes en busca de mi madre, y en ese momento Parecía como si hubiera encontrado algo más que a ella, incluso en la ternura y la compasión de una madre, así que lloré hasta quedarme dormida en su corazón ”.³

Si bien Santa Elizabeth deseaba los dones de la fe católica, se sentía leal a la fe con la cual la educaron y sabía que podría perder el apoyo financiero de su familia si se convertía al catolicismo. Sin embargo, no pudo resistir la voz de Dios que la llamaba - en 1805 ingresó a la fe católica con firme convicción en St. Peter en la calle Barclay en Nueva York. Su familia tardó en comprender, desconfiaba de su nueva fe, pero continuaron apoyándola a ella y a sus hijos. Cuando su pasión llevó a sus cuñadas a convertirse, sus lazos familiares se tensaron, hasta el punto de que Elizabeth decidió encontrar un nuevo entorno para vivir su fe católica libremente y sin restricciones, posiblemente incluso en la vida religiosa. Como una conversa prominente, era conocida por el obispo (más tarde arzobispo) John Carroll de Baltimore, el primer obispo de la primera diócesis en los Estados Unidos, y muchos otros que buscaban establecer la fe católica en la nueva nación. En 1808, aceptó una oferta para mudarse a Baltimore para enseñar, y luego el obispo Carroll invitó a Elizabeth a fundar una orden religiosa en Emmitsburg, Maryland, con el carisma de enseñar a las niñas. Como madre de niños pequeños sin experiencia en la vida religiosa, Elizabeth aceptó vacilante y partió con sus hijas y cuñadas a Emmitsburg, donde se puso en camino para convertirse en Madre de una comunidad de hermanas y organizadora de un nuevo sistema educativo.

Al leer los relatos de aquellos primeros días en Emmitsburg, uno encuentra una imagen de la vida de los primeros pioneros estadounidenses, con las primeras hermanas trabajando para comenzar su misión. En un paisaje fronterizo virgen de montañas y grandes cielos, las condiciones eran malas y la enfermedad era desenfrenada. Sin embargo, con perseverancia y la ayuda de los Padres Sulpicianos cercanos en Mount Saint Mary's College, fundaron la Academia St. Joseph y Free School. Y así, esta primera comunidad religiosa establecida en los Estados Unidos fundó la primera escuela católica para niñas del país en los Estados Unidos, arraigada en un compromiso con la fe católica y extendiendo la promesa de educación más allá de la élite. Si bien los internos, de familias católicas más adineradas, apoyaron a la institución, la escuela aceptó a muchos estudiantes locales y menos afortunados de forma gratuita. Santa Elizabeth demostró ser una Madre excepcional para sus hermanas religiosas, y también una figura materna más tradicional para las estudiantes, ya que las mujeres acudían en masa para unirse a la orden y los estudiantes llenaban los escritorios

Sus hermanas tomaron el modelo de las Hijas de la Caridad fundadas por San Vicente De Paul y Santa Luisa de Marillac más de un siglo antes, y eran conocidas como las Hermanas de la Caridad de San José. En el momento de la muerte de Santa Elizabeth, sus hermanas habían expandido su apostolado a orfanatos, hospitales y escuelas, con más sedes de la orden apareciendo en todo Estados Unidos; hoy miles de hermanas continúan estos ministerios vitales. En una época en que las instituciones y los recursos eran limitados, especialmente para los pobres, creó una red que cuidaría de generaciones de inmigrantes y estadounidenses en dificultades, y esa red todavía sirve para ese propósito hoy. En los últimos días de Santa Elizabeth, mientras se aferraba a nuestro Señor en oración, instó a sus hermanas "Sean hijas de la Iglesia",⁴ y ellas se han mantenido fieles a ese mandato. Celebrar juntos este Bicentenario de la Madre Seton nos ayuda a comprender de manera tan poderosa y a apreciar tan profundamente los "acordes místicos de la memoria" de nuestras comunidades religiosas de mujeres y todo lo que han hecho para compartir la Luz de Cristo en la historia de Estados Unidos con tal coraje, caridad y audaz misión profética.

Reflexionar sobre la vida de Santa Elizabeth Ann Seton nos ofrece tanto inspiración como guía en nuestros propios tiempos difíciles. Quizás, ante todo, encontremos en esta santa inverosímil una historia que testifica la importancia de rendirse a la voluntad de Dios en las muchas pruebas y desafíos de nuestra vida. Su camino de fe y el deseo de Dios por encima de todo la llevaron más profundamente a un protestantismo que la dejó insatisfecha. En un viaje a Italia para salvar a su marido, lo perdió. Como joven viuda con tantos que confiaban en ella, Santa Elizabeth fue llamada a abandonar la red de seguridad de su sociedad al ingresar a la fe católica, eligiendo más bien confiar en la providencia de Dios. A pesar de sus constantes dudas, llegó a fundar una orden religiosa y una escuela vibrantes sin haber sido nunca religiosa. Con dudas y temores recurrentes, se encomendó a Dios y dio un salto de fe para seguirlo. Santa Elizabeth estuvo "atenta a la voz de la gracia" a lo largo de su vida y, a cada paso, se encontró bendecida de formas que nunca hubiera imaginado.⁵ Más allá de esto, podemos ver cómo en la providencia de Dios esos altibajos fueron una parte esencial de su éxito. Habiendo venido de la sociedad de élite de Nueva York, ella y su esposo estuvieron entre los anfitriones de la gala del 65 aniversario del presidente Washington y eran vecinos de los Hamilton y los Burrs, pudo

navegar por el aire enrarecido de los círculos de élite, involucrando y desafiando a los que estaban dentro. a menudo obteniendo apoyo para sus esfuerzos. Al mismo tiempo, como viuda que sabía lo que significaba depender de los demás y que luchaba por ser autosuficiente, no tenía miedo de ensuciarse las manos y conectarse con aquellos a quienes servía en todos los niveles. Era una mujer que había soportado mucho en su vida y podía decir con San Pablo: “Me he hecho todo para todos, para salvar al menos a algunos”.⁶

Al observar los desafíos que enfrentó Santa Elizabeth, solo podemos entender su vida reconociendo que enfrentó esos desafíos como estadounidense en su esencia. Todavía una nación joven llena de tierras escarpadas y ciudades nuevas y bulliciosas, Estados Unidos fue considerada, y tal vez todavía podría considerarse, una nación de pragmatismo. A miles de millas al otro lado del Atlántico desde el Viejo Mundo, los estadounidenses necesitaban encontrar nuevas soluciones a los problemas del Nuevo Mundo. Santa Elizabeth hizo precisamente eso. Tenía el deseo de remediar los males sociales incluso antes de su conversión, y se dedicó a trabajar en el cuidado de viudas y huérfanos. Como católica, fue un actor clave en el establecimiento de la Iglesia en los Estados Unidos. Con el obispo Carroll y los primeros clérigos estadounidenses, ella fue parte de esas primeras conversaciones que buscaban navegar las traicioneras aguas del anti-catolicismo por un lado y la indiferencia religiosa por el otro. Y al establecer sus nuevas instituciones, estaba dispuesta a modificar y abandonar las viejas estructuras si era necesario. Sus hermanas no podían estar enclaustradas, necesitaban participar activamente en su nuevo trabajo. Los hábitos y las reglas de vida no podían ser tan precisos como en otras órdenes debido a su accidentada vida en el oeste de Maryland. Los estudiantes protestantes serían admitidos y los esfuerzos de evangelización serían moderados porque era necesario mantener la paz y construir entendimiento en una nación no católica. Su pragmatismo y creatividad fueron esenciales para su éxito.

Más importante aún, sus acciones fueron inspiradas por un profundo espíritu de oración. En un complemento perfecto a su pragmatismo estadounidense, Santa Elizabeth sabía que ningún trabajo puede producir frutos a menos que esté construido sobre la base de la oración. Sus cartas y su diario muestran una y otra vez su deseo de paz y oración, subrayando el mayor deseo de su corazón, que ella y todos sus seres queridos estén juntos en el cielo. Como las responsabilidades como madre y como Madre le impidieron orar tanto como le hubiera gustado, su oración la fortaleció y le dio un enfoque para llevar a cabo su misión. En el transcurso de transformarse de la Sra. William Seton en Madre Seton y construir una vida para ella y muchos otros en Maryland y en todo Estados Unidos, Santa Elizabeth enterró a su esposo, dos de sus hijas, innumerables parientes y hermanas menores de su orden. Frente a sus desafíos y el dolor de perder a tantos seres queridos, sus escritos muestran continuamente su esperanza de su inmortalidad y gozo por estar con Dios en paz eterna.

En nuestra propia diócesis, tenemos el desafío de compartir la misma fe profunda y el pragmatismo audaz que inspiró a Santa Elizabeth Ann Seton a amar y servir a Dios mediante la construcción de las instituciones que han animado y apoyado a innumerables estadounidenses desde los primeros días de nuestra nación hasta hoy. Así como ella fue llamada a sentar las bases de la educación católica, nosotros también estamos llamados a ser visionarios en la reconstrucción del sistema que ella fundó. En una nueva era, como ella, tenemos el desafío de

dejar atrás las viejas costumbres y embarcarnos en nuevas empresas como la *Morning Star Initiative*. Y como ella, debemos navegar por cuestiones complicadas en una sociedad dividida. Cuando el catolicismo vuelva a ser bienvenido en la plaza pública, ¿cómo podemos transmitir nuestra fe a la próxima generación? Si bien tantas influencias negativas alejan a nuestros niños de Cristo y Su Iglesia, ¿cómo podemos crear un Emmitsburg sano y que nutra la fe en nuestras propias parroquias y comunidades? En una cultura que parece haberse enfriado, ¿cómo podemos avivar ese fuego del entusiasmo por el Señor que atrajo a tantas a las Hermanas de la Caridad y podría atraer a tantas hoy a la vida religiosa y al sacerdocio? Mirando a Santa Elizabeth mientras hacemos estas preguntas, podemos ver las respuestas en su propia vida. Es cuando somos profundamente fieles a la voluntad de Dios, cuando somos eminentemente leales a su Iglesia, cuando somos incansables en nuestro deseo de predicar la verdad de Cristo con caridad y prudencia, que se plantarán semillas de fe y brotará esperanza para un futuro católico nuevo y más vibrante en los Estados Unidos.

Recordamos las palabras del Papa San Pablo VI en la Misa de canonización de Santa Elizabeth Ann Seton:

Alégrate, le decimos a la gran nación de los Estados Unidos de América. Alégrate por tu gloriosa hija. Siéntete orgulloso de ella. Y aprenda a conservar su fecunda herencia. Esta hermosísima figura de una santa mujer que presenta al mundo y a la historia la afirmación de las nuevas y auténticas riquezas que son vuestras: esa espiritualidad religiosa que vuestra prosperidad temporal parecía oscurecer y casi imposibilitar. También tu tierra, América, es digna de recibir en su tierra fértil la semilla de la santidad evangélica. Y aquí hay una espléndida prueba -entre muchas otras- de este hecho.⁷

Regocijémonos en el gran regalo del testimonio de nuestra primera santa estadounidense. Pidamos que, a través de la intercesión de Santa Elizabeth Ann Seton, seamos bendecidos con la visión y la fuerza, como ella, para comprometernos en nuestro tiempo con valentía y edificar nuestra fe para la salvación de las almas y la gloria de Dios Todopoderoso.

Sinceramente suyo en Cristo,

Reverendísimo John O. Barres
Obispo de Rockville Centre

Referencias:

1. Elizabeth Ann Seton, *Memoir, Letters and Journal of Elizabeth Seton, Convert to the Catholic Faith and Sister of Charity*, vol. 1, ed. Robert Seton (New York: P. O'Shea, 1869) 142.
2. Seton, *Memoir*, 198.
3. *Ibid.*, 146.
4. O'Connell, *Seton*, 418.

5. Elizabeth Ann Seton, *Memoir, Letters and Journal of Elizabeth Seton, Convert to the Catholic Faith and Sister of Charity*, vol. 2, ed. Robert Seton (New York: P. O'Shea, 1869) 242.
6. 1 Corintios 9:22 (NABRE).
7. Pablo VI, "Canonización de Elizabeth Ann Seton, Homilia del Santo Padre Pablo VI" (Roma, septiembre 14, 1975), http://www.vatican.va/content/paul-vi/en/homilies/1975/documents/hf_p-vi_hom_19750914.html.